



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9908

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 10 DE NOVIEMBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Correspondencia en París, A. Lorette, rue Casimir, 61, y J. Jones, Fatbourg Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MIBABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1, PRINCIPAL
CARTAGENA.

QUINTOS

La Sociedad *Mompó Hermanos y Compañía*, cur ple con dinero, redimiendo á metálico, entregando mil quinientas pesetas.

Por PESETAS SETECIENTAS para la Península y ciento veinticinco para Ultramar, quedarán libres, verificando el depósito en casa del representante *Don Prudencio Soler Roby*, Victorio, 20, Murcia.

M. LEONIE BROUTIN
Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre,

FONDA FRANCESA

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas

Arados, espino artificial, pías, azacas comunes, azacas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesitas y mecedoras, amacas, muebles utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 88, 40 Y 42

La primera actriz

Nunca se había dado él por entendido de aquellas manifestaciones de amor tan palpables. Llegaba siempre á ella con el mismo aire de indiferencia; paseaba una mirada corta desde el primer actor al último traspunte y únicamente se animaban aquellas facciones duras y frías, como de barro, cuando veía á cada cual en su puesto y se sucedían las escenas sin necesidad de nuevas observaciones á los actores.

Entre todos quiso mejor «se sabía» el papel era la primera actriz.

Lo estudiaba con gusto, lo interpretaba con verdadero talento, y había puesto toda su alma en él con la esperanza de ver una señal de satisfacción en los labios del autor. ¡Con qué placer se pasaba las horas muertas oyéndole leer la obra, consultándole hasta los más insignificantes detalles, hasta min-

tiendo dudas respecto al sentido de tal ó cual frase! ¡Con qué éxtasis de satisfacción le miraba cuando al acabar de «decir» alguna estrofa valiente, el autor sin poderse contener le gritaba desde un extremo del escenario, «¡Bravo!... ¡Así se declama!» Al escuchar aquella voz, que hasta entonces era el único premio á sus afanes, se consideraba feliz, completamente feliz... Lo era, porque estaba enamorada, porque lo quería; no sabía por qué, no sabía cómo, pero aquél sentimiento se le había metido en el alma, como el fuego en un pajar, arrasándolo todo.

Y ella no ignoraba que al autor le era completamente indiferente; al contrario, tocaba la realidad del desengaño siempre que quería, y no conseguía con sus tentativas más que avivar el fuego de su pasión.

Pero ya vencería. ¿No había de vencer?...

¡Precisamente era ella la que había de salvar la obra, la que había de hacer que el público se levantara de sus asientos pidiendo estrepitosamente el nombre del autor!... Con seguridad que él que en los ensayos ya empezaba á demostrarle marcada simpatía la noche del estreno, loco de gratitud, acabaría por echarse á sus pies, diciéndole que la adoraba!

Llegó por fin la noche del estreno. El teatro estaba lleno, completamente, de un público elegante que le daba un aspecto verdaderamente extraordinario: parecía la sala una mujer coqueta con traje nuevo.

Para que nada faltara, él, el autor, estaba entre bastidores, rodeado de las «primeras partes» y acompañado por los amigos.

¡Qué satisfacción sentía la protagonista!... Ni Farnesio antes de dar una batalla. «Después de decir mi papel como yo sé decirlo», pensaba, —después del parlamento del final del acto segundo, después de agotar todos mis recursos y todos mis efectos, me queda todavía el golpe supremo; el grito desgarrador del último acto. ¡Qué grito!... Un tratado de estética para los actores; una estocada secreta que me reservo para subyugar al público, después de tenerle dominado, y postrarle á mis pies aplaudiendo con la locura de un hipnótico furioso. No es mucho que me quiera enloquecerlo cuando que en aquel momento, puede hacer, es adormirme.

Se levantó el telón, y el público que oyó con religioso silencio las primeras escenas rompió al final del acto su admiración en tempestad de aplausos. ¡Tal y como lo había soñado!

En el segundo acto el entusiasmo del público fue todavía mayor. Todo marchaba perfectamente. Al empezar el acto tercero reinaba en la sala un silencio sepulcral; al apuntador no se le oía ni desde las primeras filas, los actores «estaban» todos en su papel.

La atención la absorbía por lo pronto el galán joven que tenía un parlamento larguísimo, una tirada de versos colosal, como las del teatro antiguo. La primera actriz esperaba allí, detrás de un guerro de madera podrida, el momento de salir á escena. Tenía miedo: no sabía por qué, pero tenía miedo. Es decir, saberlo... si lo sabía. No era porque arriesgaba sus lauros escénicos, cosa á que estaba tan acostumbrada, lo que la hacía temblar era que arriesgaba un mundo, una ilusión, su amor, ¡quién sabe si la vida!

Se asomó al escenario. La escena estaba á obscuras... Era el momento culminante; aquel en que al dirigirse á ella el galán había de dar según indicaba el libro, un grito horrible; más ó menos artístico, según el talento del actor; pero un grito horrible al fin. Se preparó convenientemente, afianzó los pies, tomó por lo bajo para preparar la garganta; accionó con los ademanes más trágicos del horror, mordió el pañuelo de encaje, se llevó las manos al rostro... y salió de su garganta una voz desahogada y chillona, un grito afónico que resultó un graznido inarmónico, apagado, ridículo. El público rió y silbó, y la tragedia acabó como un sainete.

IV.

Por allí iba; ascendía por aquellos peldaños de yeso negro que tenía que subir para llegar á su cuarto, más horribles para ella que los del cadalso para el criminal. Tuvo que apoyarse en las paredes, porque se le doblaban las piernas como si fueran de cartón; diríase que estaba ebria. Le zumbaban todavía en los oídos aquellos silbidos del público que le habían obligado á retirarse del palco escénico y esperaba llena de angustia una «grita» mucho más terrible, por lo mismo que había de ser más silenciosa, tal vez muda: la de él, la del autor.

Cuando llegó se dejó caer en el diván; dejó desbordar los sollozos mal contenidos en un mar de lágrimas que le quemaban la piel, y presa de un temblor nervioso, que imprimió en su cara la palidez de la muerte, pensó en sus esperanzas perdidas para siempre, mientras oía, como en medio de un sueño de fiebre, la voz del autor, que en el cuarto inmediato les decía á los amigos:—No puede ser: la obra es buena y la he probado en los dos actos primeros, como el filósofo el movimiento. La culpa es de ella, no mía. Me ha humillado, quizás involuntariamente, pero me ha humillado. ¡Y parecía que tenía interés! ¡Bast! ¡Comica al fin!...

Y toda el mundo le daba la razón.

ERNESTO GIL

(Prohibida la reproducción.)

Revista de Modas.

Bolsa de toilette.—Traje de luto riguroso. Sombrero de viuda.—Chaqueta de luto para señora.

Comenzamos esta revista ofreciendo á nuestras amables lectoras el modelo de una bonita bolsa para toilette. Este objeto tiene 9 centímetros de largo por 7 de ancho y se confecciona con gamuza aterciopelada.

Se coloca en un bastidor un trozo de gamuza de doce centímetros de largo por diez de ancho y sobre él se transporta el dibujo que se quiere bordar.

Terminado el bordado se dobla á lo largo en dos partes la gamuza y se cose. A dos centímetros y medio del bordado superior de la bolsa se colocan delante y detrás cuatro anillos de metal por los que pasan dos cintas: una de derecha á izquierda, la otra de izquierda á derecha en sentido contrario.

Aumentando las dimensiones se puede confeccionar con nuestro modelo un «ridículo» original. En este caso los bordados pueden hacerse con seda.

Sírvame de disculpa la proximidad del día consagrado á conmemoración de los seres queridos que ya no existen para presentar á mis lectoras los modelos de dos trajes de luto. Temerosa siempre de despertar tristes recuerdos que el tiempo ha calmado no he de hablar aquí de la duración de los duelos ni de otras disposiciones por la sociedad dictadas y que la costumbre ha convertido en inapalables leyes. Cuanto sobre esto pudiera decir, sería cuando menos extemporáneo, por no ser una revista de modas lugar apropiado para hablar del verdadero dolor, el que no se conforma con manifestaciones exteriores.

El primer modelo representa un traje de luto riguroso. La falda puede hacerse con tres paños de los que los dos colocados atrás sean muy sesgados ó bien con una sola costura atrás, tomando el ancho del tejido por el largo.

En los costados se recoge formando anchas tablas, que se forran con muselina para darles mayor consistencia. Se guarnece esta falda con anchas tiras de crepón inglés.

El cuerpo baja hasta esconderse debajo de la falda en la cintura. En el cuerpo se forman anchos pliegues que figuran ser continuación de los de la falda. La parte del pecho se adorna con crepón igual al empleado para la falda. Cuello derecho cubierto de crepón. Mangas estrechas desde la muñeca al codo y desde aquí hasta el hombro muy abullonadas.

El sombrero se forma con una pequeña capota de la que parte casi cubriéndola un largo velo de crepón blanco mate.

En nuestro sentir este adorno blanco (moda importada de Inglaterra) desde grandemente del resto de la toilette. Ciertamente que el tono blanco sienta bien á casi todas las caras, pero entendemos que tratándose de un traje de luto riguroso debe prescindirse en absoluto de otro color que el negro.

Esta nuestra opinión se basa sobre una regla de conveniencia; mis lectoras deben tomar por guía para estos casos, su corazón y su buen juicio. En cuestiones de modas no pueden nunca darse disposiciones que deban ser acatadas como artículos de fe. «Chaqueta de paño negro, con botones para botones».—La base del modelo que ofrecemos tiene dos metros de largo. La costura se tapa con un cinturón de pasamanería. Adórname esta chaqueta con anchas bandas de piel negra que se colocan en el pecho, espalda y cuello.

Las mangas anchas sin exageración por arriba van estrechándose hasta quedar ajustadas en las muñecas.

La busca se frunce al unirse al cuerpo y forma detrás numerosos pliegues.

«Traje de lana chiné, con cuello á la marinera para jovencitas de doce á quince años».—La falda se confecciona colocando los paños al hilo y tiene dos metros 50 centímetros de larga; se forra con polonesa y se hace en el bajo un «metido» de unos 15 centímetros para poderla alargar.

El cuerpo es ajustado sin costura en la espalda y con plizas en los costados. Este cuerpo se cierra por delante con seis corchetes. Los botones no sirven más que para adorar.

Mangas anchas desde el hombro hasta el codo y desde éste á las muñecas ajustadas y abotonadas. El plastrón se confecciona de bulones formados por 7 franceses. El cuello derecho de terciopelo se abraza por detrás.

LEONOR PAL.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

El maestro de escuela de Campillo, (Zaragoza), á quien falta el Ayuntamiento cinco meses de su haber, ha cobrado 62 pesetas de costas.

Sin duda los pueblos de esa provincia se han empeñado en matar de hambre á los maestros.

Y en hacerle la competencia á los pueblos de Málaga, que son los que hasta ahora llevaban la bandera en lo de no pagar.

Dice «El Nacional»:

«Nos consta que el célebre «Guerrita» se encuentra ya restablecido de su indisposición y dispuesto á firmar muchas contrataciones para torrear cuanto pueda el año que viene.

Respire la afición.

Aun hay «Guerrita» para rato.

«La Riforma», periódico italiano, dice á sus lectores que el congreso de torreadores que se ha celebrado en Sevilla para acordar no torrear en Madrid, ha producido en España una sensación que la última crisis ministerial.

La ignorancia sobre las cosas de nuestro país la explotaban antes los franceses.

Ahora se han contagiado los italianos y le han echado un capote á esa sanchez para sacar á la plaza y ponernos de relieve.

¡Pobres señores!

«El Imparcial» en su cobardía de brucos en la cuestión de sumos y revueltas de datos, hojas libres y ensaña números.

Y baraja nombres.

De esa cuestión del matute va á salir algo good.

Ya lo verá usted.

Dice un periódico, que el ministro de la Gobernación consultó recibiendo dudosos respecto á la constitución de las diputaciones provinciales.

Como se ha demostrado hasta la saciedad que las tales diputaciones son ruidas inútiles de nuestra administración, pierde lastimosamente el tiempo el señor ministro.

Cualquiera otra cosa en que se ocupara sería de más provecho.

Y le importaría más al país.

El nuevo presidente de la diputación provincial de Zamora ha renunciado la